

5. Diversificación y homogeneización en la cultura urbana

JOAN RAMON RODRÍGUEZ-AMAT

La cultura en la ciudad es políglota y diversa. Esa diversidad se identifica en sus escenarios y en sus espacios, y también en los dispositivos y en las estructuras que la cruzan y la forman. Sin embargo, garantizan que la ciudad no se disuelva en un sinsentido de unas estructuras de poder que la sostienen, que fuerzan unas ciertas condiciones de homogeneización, unos dispositivos que aseguran y monumentalizan una de las múltiples narraciones que forman la ciudad por encima de muchas otras que, sin ser silenciadas, le son subordinadas. Así se identifican los dispositivos de tiempo y de espacio, de memoria y olvido, de encuentro y de separación de flujo y de canal, como elementos repetidos en la misma condición de ciudad. El presente artículo propone que a partir de una ciudad metafórica, se identifiquen algunos de esos dispositivos de diversidad, de homogeneización, de horizontalidad y de verticalidad, de apertura y cierre, como un punto de partida y como un marco teórico para desarrollar, después, el estudio de la cultura en la ciudad.

68

*Palabras clave: cultura, poder, diversidad cultural,
homogeneización cultural, dispositivos de narración*

"I am in love with the city"

CARRIE BRADSHAW, *SEX AND THE CITY*, EPISODE 67. JULY 2002

"Y después Yahvé dispersó a los hombres por la superficie de la tierra, cesando éstos en su empeño de edificar la ciudad. Por eso sería conocida por el nombre de Babel"

(GÉNESIS, 11: 8-9)

1. Regresar a la πόλις

La ciudad es una unidad de referencia para los estudios culturales y para los análisis del poder. La cultura y la polis, la diversidad y la unidad, la continuidad, la ciudadanía y la política. El punto de partida de la discusión y el punto de anclaje de la identidad. La ciudad abre y condensa, cataliza e inicia la mayoría de reflexiones sobre las culturas y los dispositivos, la comunicación y la canalización de las formas de homogeneidad cultural. Por eso, este artículo tomará la ciudad de referencia e identificará en ella algunos de los procesos y condiciones que en ella toman parte. Para empezar, Babel, Babilonia, en cierta forma la primera de las grandes ciudades en su densidad bíblica y en su referencia imperial, servirá para explicar que el punto de partida de este trabajo es la diversidad fundamental y genética de las concentraciones de población urbana; y justo después, la polis que constituye la referencia y el escenario de los primeros estudios políticos helénicos para poner en marcha la discusión de estas páginas. La ciudad de partida, la primera, la de referencia, la metáfora que guiará el texto será pues un escenario de enfrentamiento y de encuentro entre la diversidad y la confusión, la pluralidad y la dispersión y la política y la dirección, la homogeneización y el gobierno. Sin una o sin la otra, sin los dispositivos comunicativos que garantizan y canalizan, que abren y cierran la ciudad en un latido permanente, la urbe no puede comprenderse entera.

69

Los orígenes etimológicos del nombre de la ciudad de Babel son dudosos pero algunas hipótesis sugieren que se refería a la vieja Babilonia; una de las ciudades más importantes del mundo antiguo. Fundada hace más de 4000 años a orillas del Éufrates, se hablaban y escribían varias lenguas: acadio, asirio, sumerio y luego hasta arameo (ver Calvet, 2007: 63) durante el reinado de Hammurabi (hacia el 1800 a.C). Tal vez por eso se sugiere que el nombre Babel que los griegos le dieron, tenga que ver con la voz *Balbel* que en antiguo hebreo significa “confusión”.

En la mitología cristiana y occidental, Babilonia se ha utilizado a menudo como sinónimo de corrupción y perversidad. Tal interpretación podría leerse como una dificultad para la comprensión de lo distinto, pero también como el producto de cierta proyección cultural: análogamente al clásico *Orientalism* que Edward Said (1978) desarrolló y estructuró como un reflejo del aparato cultural dominante, la noción de Babilonia no debe separarse de la conflictividad y diversidad de los valores que la ciudad occidental procura reprimir.

Hace 4000 años Babel se consideraba la “puerta de dios” (el tercer origen etimológico de la palabra): la ciudad más moderna y compleja del mundo, el centro de su evolución. En aquel tiempo, el mundo giraba alrededor de Babilonia. Ello significa que se podría asemejar la antigua Babilonia al New York del siglo XX.

La ciudad que se tratará aquí no es New York. Es un modelo abstracto de ciudad: un punto de confluencia de múltiples capas y narraciones. La creación debe servir para demostrar que la diversidad cultural es fundamental y connatural a la propia noción de ciudad. Para ello habrá que considerar y revisar algunos de los elementos que hacen de una ciudad, una ciudad. Se recorrerá al viaje (metafórico y paradigmático) por el imaginario. Se visitarán los monumentos, las viejas murallas, las instituciones del poder que

la gestionan y los espacios de interacción social: el mercado, el casco viejo, los barrios en los que se instalan los últimos en llegar, los inmigrantes. El recorrido interpretativo y analítico que se propone pretende facilitar el paso desde este itinerario imaginario hasta cualquier ciudad particular situada históricamente, geográficamente, físicamente o materialmente. Tanto Aristóteles como Platón escribieron sobre el gobierno y la ciudad; y también en sus escritos proyectaron un modelo teórico que se diferenciaba profundamente de la Atenas en la que se encontraron: eran conscientes de que ninguna de las ciudades-estado de su tiempo cumplía con los ideales implícitos que permitían sus *polis* teorizadas (VER SABINE, 1987: 116). Se sabe bien en cambio que ninguno de los dos filósofos pretendió nunca llevar la idea teórica más allá (o más acá) del previsible y controlado modelo de su ciudad-estado imaginado. Todo lo que le siguió, pues, no deja de ser una forma de interpretación histórica.

Mientras tanto, la mayoría de teorías sobre el estado moderno se basan en la idea específica de la *polis* como referencia. Las teorías legales y filosóficas sobre los derechos de ciudadanía o los conflictos sobre nación o nacionalismo, todas tienden a regresar a una cierta forma originaria de identidad y de cultura. Ahora se puede afirmar sin duda: la raíz *sobreidealizada* de la *polis* como ciudad-estado funcionó metonímicamente para la construcción y el desarrollo de las teorías legales, políticas y culturales del estado-nación y de la esfera pública. Así que la paradoja inicial debe dar pie al artículo: el modelo de ciudad se inventó para justificar algunas formas de prácticas institucionalizadas, rituales e imposiciones que todavía hoy siguen vigentes. Los medios de comunicación también son cómplices, por supuesto, de este proceso de institucionalización. La ciudad, esa ciudad-estado original, se consideró como un modelo y como una norma, y sus formas fueron las que se desarrollarían para articular, luego —a escala, en proporción, del Estado—, los sistemas políticos. El núcleo referencial idealizado y releído fue utilizado por los intelectuales para fundar nuevos conceptos. En su mayoría son nociones que todavía remiten a una raíz originaria, a una identidad concreta, a un corazón de autenticidad armónico, homogéneo, puro y aparentemente aislado. La mayoría de esas nociones también se articulan alrededor de una relación dialéctica entre centro y periferia.

70

El objetivo de este artículo es mostrar cómo la ciudad (en su condición más profunda y esencial —si cupiera—) es heterogénea y diversa. Existen varios mecanismos de diferenciación exterior y de homogeneización interna que funcionan simultáneamente a otros de inevitable diversidad y de influencias múltiples. Se mostrará cómo los mecanismos de homogeneización cultural se relacionan con estrategias y relaciones de interés, poder y concurrencia. El artículo, pues, no analiza una ciudad particular y *real* sino que se quedará en el modelo para identificar mejor el nivel de las intenciones, los significados, los dispositivos de narración y las operaciones que sobre ellas y por medio de ellas se realizan.

No se trata pues de una teoría de la ciudad o de una historia de la ciudad. El marco de referencia debe servir más bien para iniciar una discusión sobre cultura. Se trata de abrir la discusión y de señalar esas teorías de la cultura para las que la ciudad es la unidad aislada y homogénea, un paradigma de lo que debería esperarse para unidades de análisis mayores. De tal manera que el éxito en la demostración de la inherente diversidad de la ciudad podría servir de argumento para afrontar la cuestión de los estados-nacionales, culturalmente continuos *amenazados* por las influencias externas como

la inmigración o la pérdida de los valores originales. En un mundo parcelado de *pueblos nacionales agredidos* el artículo puede contribuir, al menos, a invitar a pensar más.

2. Heterogeneidad y ciudad

Algunos componentes de la ciudad son fundamentales para su existencia y esos elementos fundamentales son *per se* diversos. A partir de dos metáforas se justificará tal afirmación: la primera es el mercado. Físicamente o virtualmente, la asociación de la ciudad con un mercado no es sólo un *topoi* retórico sino que arrastra un sentido fundamental. Se explorará aquí, cómo algunas de las características del mercado (en su significado más amplio) son parte esencial de lo que consideramos una ciudad y transfieren los valores. La segunda metáfora que se utilizará para demostrar la heterogeneidad interna de la ciudad es la que representan los monumentos. Como hitos de la historia, los monumentos concentran tiempos en un lugar específico. Son utilizados como símbolos para una narración de continuidad a lo largo del tiempo y concentran, al menos, tres tiempos distintos: el pasado remoto que pretenden recordar, el pasado del momento de su construcción y el presente de su lectura. Esta doble línea de interpretaciones tendrá que permanecer abierta a discusiones posteriores porque el alcance de este artículo es, claro, limitado.

71

2.1 El Mercado

En la acrópolis había un *ágora*. La palabra expresa a la vez, la reunión de gente y el lugar en el que se reúnen: la plaza. En ese mismo espacio no sólo se encontraba la población, sino que también estaban los productos: la palabra significa también *mercado*. La plaza es el centro de la *polis*, el foro en la urbe y la plaza del mercado ("*Market square*" / "*Marktplatz*" / "*Piazza del Mercato*") de las ciudades medievales: la mayoría de las ciudades todavía hoy se articulan alrededor de esa plaza. El *ágora* pues, sigue siendo uno de los lugares más significativos de las ciudades construidas alrededor de alguna forma de tradición burguesa. No es una casualidad histórica: la preeminencia del mercado como corazón articulador de la ciudad es todavía representable en la mayoría de las actividades modernas (hasta *la city* como el espacio de los mercados financieros en Londres, en Frankfurt o en el novísimo barrio de Hamburgo, Alemania: *Hafen City*).

Pero el Mercado también es un concepto abstracto que llegó a ser aplicado a la mayoría de dimensiones de la vida: desde su nivel simbólico hasta su nivel social. De esta manera el mercado ha desplazado el *ágora* original hacia la esfera virtual. Así que en investigación en opinión pública, la esfera pública es tratada como una virtualización del *espacio* original mientras que los rasgos del intercambio -opinión o argumentos en lugar de bienes o servicios- siguen ahí (HABERMAS, 1999; O BRIGGS, A. Y BURKE, P. 2002). La metáfora del mercado se ha extendido: se usa para hablar de trabajo, de bienes, de finanzas, de vivienda, de la lengua y del territorio. La noción de mercado se extendió gracias al poderoso mecanismo de traducción que iguala y contrapone los elementos al mismo tiempo: los iguala para que, como iguales, puedan concurrir entre ellos en el marco neutral del mercado. Ahí yace su magia: la creencia en la filosofía del mercado se ha extendido tanto que se pueden considerar los mercados como procesos objetivos y justos de competición aceptable entre iguales. Por ejemplo, la sublimación del enfren-

tamiento bélico hasta las marcas-país compitiendo en campos como el turismo vacacional o la inversión (véase toda la literatura sobre *country-branding* o *city-branding* en, por ejemplo: PEÑA, RODRÍGUEZ Y MONTIEL, 2008; RODRÍGUEZ-AMAT Y CAMPALANS, 2008).

La noción de cultura ha sido a menudo enfrentada a la de mercado. Desde el oxímoron clásico de la Industria de la cultura (ver Adorno y Horkheimer, 1947) el negocio y el arte, el gusto y el dinero se contraponen sin poder terminar de soltarse. Sin embargo los rasgos del mercado se han inscripto en la cultura contemporánea occidental y su mitología ha penetrado en todos los ámbitos de la vida: las dinámicas de oferta y demanda que van desde la belleza y el éxito hasta el trabajo, la salud o la formación. Hasta el punto de que el propio concepto ha dejado de ser peyorativo y notable para ser utilizado para darle nombre a un Ministerio¹.

En cuanto a la ciudad, está estrechamente vinculada al mercado tanto históricamente como conceptualmente. Por eso hay que prestar atención a los efectos de esa asociación: hay que revisar cómo el mismo acto de intercambio y de interacción está anclado al de la diversidad cultural.

2.1.1 El Mercado y sus rasgos

La mayoría del pensamiento teórico alrededor del Mercado tiende a obedecer la metonimia que sigue desde el lugar a la actividad general del intercambio. En realidad, la definición más habitual de mercado referida al proceso abstracto, termina en la actividad del trueque. En este caso se tomará este rasgo como punto de partida, sin embargo es cierto que no es el único: la idea de mercado se estira también hasta las nociones de moralidad, valor y justicia.

Además del intercambio concreto de bienes, el mercado también se caracteriza por la interacción entre gente: “Cuando la gente intercambiaba bienes en el mercado medieval, no sólo los recursos cambiaban de manos, también los ‘derechos de propiedad’. Eso es, los derechos de utilizar un cierto recurso y de disfrutar de sus beneficios derivarían de ello” (DE LANDA, 2000: 29). Si inicialmente se ha mostrado el proceso desde el lugar hasta los bienes, hay que considerar también el proceso desde los bienes hasta los individuos.

Más allá de la gente implicada en el proceso de intercambio, hay todavía otra característica típica del mercado que hay que considerar: su permanente espontaneidad. En ciertos contextos, esta espontaneidad podría ser considerada arbitraria y relacionada con elementos trascendentales movidos por la fe, la suerte, la fortuna, la divinidad o el destino. Y en cambio, en el caso particular de los mercados, tal espontaneidad e imprevisibilidad se ha convertido en el argumento para su justicia (*fairness*). Se consideran los mercados como justos y es herejía intervenir sobre su autorregulación espontánea, “natural”. Tal forma de espontaneidad incontrolable ha convertido a los mercados en equalizadores naturales de la injusticia y el discurso liberal ha sabido arraigar aquí uno de sus argumentos más poderosos sobre la moral: el mismo argumento que una vez

1 En Catalunya, el gobierno autónomo de la Generalitat ha creado el Instituto para las Industrias de la Cultura (ver: http://www20.gencat.cat/portal/site/CulturaDepartament/menuitem.a698cbe5a26e56a65a2a63_a7b0c0e1a0/)

justificó el colonialismo basado en la razón y el universalismo, ahora se erige sobre el mercado y la oferta o demanda.

La cuarta de las características del Mercado que debería considerarse aquí es su dinámica no lineal. (DE LANDA, 2000). Los mercados se expanden y contraen y su desarrollo es básicamente cíclico, como el tiempo y las cosechas. Los mercados son empujados naturalmente por ciertas presiones de energía que mantienen los flujos de los mercados en movimiento no hacia un fin específico, sino como un proceso cíclico.

Siguiendo la referencia de los fluidos y el mercado, se pueden entender ahora que algunas de las perspectivas económicas se refieran al “movimiento” de los mercados como algo bueno si son fluidos y como algo problemático si están paralizados. Esas nociones de flujo y fluidez se convierten así en mecanismos de diagnóstico de los mercados en términos de salud y patología. Y esa misma metáfora sirve para explicar sus procesos y sus efectos.

Todas esas características permiten retomar la discusión sobre la diversidad y la interacción en los mercados y en la ciudad.

2.1.2 La ciudad y el Mercado

73

Los mercados nacen allí dónde tiene lugar un encuentro regular de tomadores de decisiones independientes” (DE LANDA, 2000: 29). Así fue Roma cuando se estableció: como un cruce de caminos en el que la gente solía encontrarse para intercambiar bienes del norte al sur y viceversa a lo largo de la península itálica. Así empezaron, en realidad, la mayor parte de las ciudades de la Baja Edad Media, los periodos de paz a lo largo de las regiones que seguían los acuerdos entre la aristocracia y los vasallos: los viajeros podían asentarse y formar mercados repletos de productos, bienes y procesos de transformación originarios de algún lugar lejano.

Incluso los objetos más simples que se cambian en un mercado cargan un amplio espectro de significados: los productos cargan información y valores que son transferidos y transformados de propietario a propietario, de usuario a usuario. Los productos cuentan historias sobre ellos mismos y sobre sus orígenes y arrastran memoria con ellos. Como un precedente de la escritura, los objetos ya se utilizaban para testificar el pasado y como ayudantes de la memoria. Los objetos servían para mantener las tradiciones y los rituales, para ayudar y completar las prácticas orales sobre las que las sociedades se sostenían. Los objetos pueden materializar memorias colectivas.

Todavía hoy los productos pueden ser medios de comunicación tridimensionales cuyos mensajes múltiples son siempre recreados y reinterpretados. Todavía se usan objetos rituales con finalidad mnemónica y valor simbólico (o como hitos, tal como se verá en los monumentos) que cuentan historias y evocan recuerdos. Los anillos de boda, los vehículos o los tatuajes (EDENSOR, 2002, Y OTROS) son ejemplos de objetos con valor memorístico. Los objetos traen historias que empiezan en el presente de su elocución y se proyectan atrás, hacia un pasado reconstruido. Así los mercados están repletos de historias, de valores, de diversidad. Llenos de mundos intercambiados, productos traducidos a dinero, o valores o sentido. Mundos enteros se encuentran en las plazas; y

las ciudades fueron construidas alrededor de esas posibilidades de contacto, de negociación y de extensión de significados. Esos mundos llegaron gracias a la posibilidad de viajar, de llevárselos, de traerlos a la plaza.

Los movimientos de población son básicos para el desarrollo de las ciudades. Los flujos de energía, gente, bienes, concepciones o ideas, se encuentran en ciertos puntos. Son lugares que pueden ser considerados como mercados puesto que obedecen a las características que se han definido más arriba. La metáfora de la plaza del mercado que se utiliza aquí puede ser estirada hasta que la ciudad se convierte en un mercado, un cruce de caminos, un punto de encuentro de diversidad en movimiento, en contacto, en influencia encontrada. Todos los rasgos llevan al mismo sitio: la diversidad deviene característica de la definición de ciudad. Las urbes se desarrollaron y se organizaron alrededor de los mercados, cerrando el círculo del enlace que intuitivamente se había abierto antes.

También se cumple desde el punto de vista demográfico. Algunas áreas residenciales son producto de desplazamientos de población fruto de epidemias, conflictos, pobreza o intereses económicos. Esos procesos varios e irregulares generan pautas particulares y redes de relaciones humanas y organizaciones. Las estructuras acabadas de formar pueden institucionalizarse más o menos según modelos de poder o suerte. Pero, a la vez, el desarrollo de ciudades significó tejer redes humanas profesionales o de conocimiento y asociaciones. Eso remite otra vez a la noción de ciudad como un tejido de redes expandiéndose e interactuando entre ellas en un rizoma complejo de significados progresivamente estandarizados, pero distintas y diversas internamente e inevitablemente.

74

Los procesos de estandarización abren un punto de discusión interesante, pero el artículo no alcanzará a dejarlo más que preparado para otro debate. Se trata de un tema complejo y diverso que se tratará en las siguientes páginas esquemáticamente, pero que se abre en todos los frentes culturales: desde la lengua y la política lingüística, hasta la sincronización de los territorios o la homogeneización y la política de identidad.

La diversidad interna que existe en la misma constitución de la ciudad no es la única. Las redes internas no se terminan en los límites de la ciudad. Las ciudades están en contacto y en relación entre ellas: a veces en alianza, a veces en competencia. Esta extensión de las redes internas hacia afuera no construye la ciudad como una unidad enfrentada a otras ciudades compactas. Es decir, no permite el argumento de la homogeneidad interna original de cualquier ciudad. Más bien es diametralmente opuesto: las redes que extienden parcialmente las influencias de la ciudad hacia otras y viceversa, ata las ciudades entre ellas sin reconocer sus límites. Un ejemplo de este tipo de redes son los periódicos urbanos gratuitos se están publicando en los centros urbanos de todo el mundo: *20 Minutos* o *Metro* son algunos de los más famosos, pero, por supuesto, hay muchos otros. *Metro News* es un fenómeno mediático de ciudad: se lee en 20 países distintos y se publica en 18 lenguas y se distribuye sólo en grandes ciudades: 12 ediciones en España, 12 en el Reino Unido, 11 en Francia, 7 en Italia². Por supuesto, no se trata de un fenómeno estrictamente contemporáneo de globalización comunicativa: la Génova del siglo XVI (actualmente en Italia) era la capital financiera del mundo; Cluny (en la actual Francia) era el mayor monasterio del continente europeo y en el siglo X tenía

2 Ver http://www.metro.lu/about/world_map [consulta: 1 marzo de 2010].

una red de propiedades que se expandía por toda Europa. Esos ejemplos de un mundo articulado en red —y no en un plano culturalmente homogéneo— ayudan a entender el sentido de esta reflexión: la ciudad, como red y nodo de redes mayores, no puede ser entendida de otra manera que como un complejo conglomerado de diversidad e intercambio. Desde esta óptica se puede recuperar mejor la noción de ciudad como mercado y la noción de cultura como energía que emerge de procesos de interacción.

Si se toman en cuenta otros significados u otras acepciones de la noción de mercado, todavía se podría entrar más en la construcción de las ciudades como aglomeraciones de materiales y volver a conectar los materiales con sus territorios de origen, y con el negocio o la moda, el estilo o el valor. Por supuesto no todos los casos aceptan el traslado histórico: durante el puente del siglo XX, París era la ciudad de referencia para artistas e intelectuales. Aportaban creatividad e innovación a la *Ville Lumière*; pero, a la vez, lo que se ponía de moda en París influenciaba —de vuelta— al resto de las ciudades del mundo. Hay muchos otros ejemplos como el del *Quattrocento* italiano o el del romanticismo alemán o, por supuesto, el de las ciudades griegas. Manuel De Landa ha señalado los vínculos entre ciudades y su interacción simbiótica en relación con la política de gobierno (*government policy*):

75

“Las pequeñas ciudades necesitan un flujo de importaciones para construir la masa crítica que resulta en un episodio exclusivo de dinámica de recambio: cualquier política de gobierno que redirige ese flujo fuera de ella es un potencial asesino de ciudades. Cargar los centros urbanos con impuestos para sostener los subsidios rurales es un ejemplo, como lo es la promoción del intercambio entre grandes y pequeñas ciudades, desde el momento en el que la gran ciudad intentará transformar la ciudad pequeña en una zona de suministros (como se vio más arriba, el intercambio volátil requiere que las ciudades se usen unas a otras simbióticamente). (DE LANDA, 2000: 94).

El mercado se entiende, pues, como un encuentro de flujos de energía espontáneos e imprevisibles en intercambio. Y al margen de las implicaturas ideológicas de la metáfora mercantil, la noción de la ciudad como mercado hace visible la concurrencia de múltiples narraciones y objetos (flujos y dispositivos) que en ella se encuentran.

2.2 Monumentos

Otra forma de atar la narración de la ciudad a su diversidad tiene que ver con los monumentos. Las estatuas, las placas, los edificios, los libros, los museos, las tradiciones o las fechas especiales incrementan la heterogeneidad de la ciudad.

Estudiar los monumentos como dispositivos de comunicación es, a menudo, más enriquecedor que la mirada tradicional que considera a los monumentos meramente como elementos históricos. Los monumentos no son la historia, sólo cuentan algo sobre la historia. Son dispositivos de *telling* no espectadores (o testigos) de la historia y así deben ser considerados. En cuanto a hitos de la historia-contada, los monumentos son creados con la intención de ampliar la memoria y con la intención del insistir en el olvido. Aquello que representan sólo tiene sentido en una narrativa particular del pasado; y esa narración del pasado es, por supuesto, narrada en tiempo presente. Es decir, sólo

desde el presente el pasado tiene valor. Desde esta perspectiva el pasado sólo puede ser considerado como un producto de una narrativa actual: la historia nacional, la historia de la evolución de la naturaleza...

De manera que los monumentos funcionan como concentradores de tiempos y narrativas: un pasado remoto que pretenden que sea recordado; un pasado en el que fueron construidos en homenaje a tal tiempo remoto; un presente en el que pueden ser leídos y considerados. Intuitivamente se tiende a plegar el momento de la construcción sobre el momento de la lectura; pero ese atajo impide ver cómo en distintos momentos del tiempo el mismo monumento puede ser leído de distinta manera: en la antigua Alemania Oriental, los edificios de la comunista DDR construidos en recuerdo de la Segunda Guerra Mundial se han convertido en monumentos que cuentan cómo debe ser recordado lo que se quería recordar.

Por otra parte, considerar la historia como una narración no es nuevo. Muchos autores han trabajado en esta dirección: desde Walter Benjamin *cepillando a contrapelo* (1989); a Hayden White y su *artefacto literario* (1994) o Jorge Lozano con el análisis del discurso histórico (1997), todos intentaron escapar del “documento de barbarie” que incluye cualquier documento de civilización. Y desde ahí, los monumentos sirven para entender mejor ese proceso de construcción de recuerdos y complicidades entre el presente y el pasado. Los monumentos materializan una cierta narrativa del pasado a favor de los propósitos del narrador. Y esa práctica suele estar reservada al poder.

76

Parece que la ciudad es inherentemente heterogénea, porque en la diversidad se intercambia y negocia. El razonamiento ha desplazado la discusión hacia la narración: la ciudad narrada en el tiempo y sus tiempos narrados. Los monumentos marcan hitos de historias sobre el pasado pero no son sus testigos neutrales o naturales. Los monumentos materializan unas narraciones del pasado en relación con ciertos propósitos de presente. De forma que parece que los monumentos sólo sirven como dispositivos de homogeneización cultural de la ciudad. Pero si lo hacen, si esperan hacerlo, es porque son considerados necesarios: mientras los monumentos sean útiles a una cierta narración justificadora del pasado son —a su vez— síntomas de la diversidad narrativa. Tal sintomático rol de los monumentos tiene dos direcciones: 1. “El pasado es un país extranjero” (*The past is a foreign country*) como escribió Lowenthal (1985): los monumentos atan varios tiempos entre ellos concentrando diversidad; y 2. La objetualización de narraciones ayuda a recordar que hay —al menos— otras contranarrativas que hacen el monumento significativo y selectivo.

Porque por otra parte recordar es complementario a olvidar. La simetría retórica inevitable de los monumentos para recordar ciertos eventos, remite a su función de olvidar otros aspectos, de otros tiempos, no monumentalizados. Benedict Anderson (1983) o Michael Billig (1995) sugirieron, ambos, el doble filo que conecta la memoria con el olvido. Los monumentos no deberían dejar de lado la doble lectura que sugiere, al menos, la permanente presencia de una segunda narrativa del pasado que no se expresa, en el presente, materialmente, institucionalmente o monumentalmente.

Los monumentos, tal como se ha hecho a lo largo del artículo, se tratan pues, como metáfora. Más allá de la estatua que adorna la plaza, son monumentos, también, los

museos o los libros sobre episodios históricos de la ciudad. A lo largo del tiempo los monumentos cambian de forma: la construcción de estatuas ecuestres de los líderes políticos se ha vuelto decadente; en su lugar se representan ahora esculturas abstractas o se dan nombres a las calles. Desde un punto de vista retórico, unos y otros obedecen a la misma intención comunicativa y sería contradictorio atar una interpretación inicial a una cierta forma contingente de expresión. De forma que la diversidad de tiempos plegados en un monumento remite a las múltiples narrativas temporales disponibles en la ciudad. Cada una con sus hitos, a veces materializados, a veces silenciados, a veces de lectura fácil, a veces secretos, a veces ininteligible para otros. La ciudad se convierte así en un *patchwork* de historias y en un *patchwork* de tiempos espontáneamente juntos y *asincrónicamente* simultáneos.

Tales cuestiones tienen más que ver con el poder, que con el papel del pasado o de la historia como narración. El poder tiene un rol clave en la construcción de una memoria colectiva (o un olvido colectivo) a través de la erección de monumentos o del desmantelaje de viejos restos. Antes de discutir cómo se legitima a sí mismo ese poder en la ciudad, vale la pena fijarse en las formas que toma su aplicación.

3. Homogeneidad en la ciudad

77

Ambos intentos de demostración de la heterogeneidad interna de la ciudad (primero a lo largo de los objetos y las prácticas del mercado y luego desde el tiempo y sus representaciones en los monumentos) han llevado la discusión hasta el mismo punto: la diversidad de la ciudad está limitada, gestionada e informada por ciertos dispositivos de poder. No forma parte de las cuestiones a dirimir aquí si se trata de un poder legítimo o si esta gestión es exitosa. Lo que cabe señalar es cómo las múltiples visiones del mundo que se encuentran y cohabitan en el mercado y en las cronologías de la ciudad no gozan de la misma posición en relación al poder. Algunas de ellas están autorizadas a marcar y establecer hitos explícitos de su narración temporal, mientras que otras no. Algunas juegan un papel dominante, otras un papel subordinado.

La posición dominante inventa mecanismos de legitimidad que la ayudan a expresarse mientras intenta silenciar otras narrativas no autorizadas. A veces el silencio es violento o explícito, pero la mayoría de las veces se silencia desde la sutileza, desde el disfraz de permisos conniventes, o desde representaciones de tolerancia.

3.1 El Consistorio

Para hablar de la relación dialéctica entre una diversidad natural y unas fuerzas de coherencia y homogeneización se puede utilizar otra metáfora: el consistorio. Una vez más, toda la tesis podría escribirse sólo resiguiendo los mecanismos de legitimidad que se extienden desde los sistemas legales del derecho hasta los procesos complejos de burocracia, desde los uniformes hasta el pago de los impuestos, desde el calendario a la erección de monumentos. Sólo se mencionarán algunos aspectos para apuntar a futuros desarrollos.

La metáfora del consistorio sirve desde una doble perspectiva. El poder como la aceptabilidad que emerge del *ágora* política institucionalizada y materializada, en la que la discusión libre y el encuentro de las posibilidades se convierte en ley. Igualmente, el consistorio ayuda a hablar del laberinto burocrático que el poder construye para mantenerse en forma de estructuras que canalizan la complejidad y la división. Los diversos flujos de energía compiten y se encuentran en el mercado. Además de las distintas narrativas moviéndose a lo largo del mercado, hay otros flujos de energía que transforman una red espontánea en una red estructurada. El consistorio es el nodo central en esta red de energía-poder: *Bureau* (francés: oficina) y *Kratós* (griego: regla, poder) es la estructura construida en reglas impersonales y abstractas, procedimientos y roles que se definen y ya no son modificables por un individuo que temporalmente entra en el sistema artificial para hacerlo funcionar. La tarea de la burocracia es implementar políticas: un plan de alto nivel que alcanza objetivos generales y procedimientos aceptables especialmente de un cuerpo gubernamental (WEBER, 1964).

“Las burocracias siempre se han levantado para generar el efecto de una extracción de superávits de energía (tasas, tributos, rentas, trabajo forzoso), y se expanden en proporción de su habilidad de controlar y procesar esos flujos de energía” (DE LANDA, 2000: 29)

La proximidad etimológica que une política con *polis*, ayuda al análisis del papel de la burocracia para articular esos procesos planificados de estructurar la diversidad. La red heterogénea y libre de relaciones adquiere una forma. La ciudad es informada por sus instituciones.

78

3.1.1 “Convirtiendo el territorio en tradición...”

Aquél entramado de tiempos e historias de la ciudad es reprimido y canalizado; es silenciado a través de operaciones de poder. Se implementa una narrativa dominante para las creencias dominantes que justifican el *statu quo*.

Algunos autores, por ejemplo, Michel Foucault (2006) sugirieron que la historia como evolución era una forma de narrativa impuesta; así que estimuló modelos de historias no lineales: “En otras palabras, la historia humana no ha seguido una línea recta, como si todo apuntara hacia las sociedades civilizadas como el objetivo último de la humanidad. Al contrario, en cada bifurcación otros estados estables y alternativos habrían sido posibles, y una vez actualizados, coexistieron e interactuaron el uno con el otro” (DE LANDA, 2002: 16).

Gracias a los mecanismos de “construcción de coherencia”, la cadena de narración temporal genera un pasado que justifica el presente y un presente que anuncia el futuro. Pero la coherencia temporal tiene lugar sobre elementos que no cambiaron a lo largo de esta línea cronológica: edificios, paisaje, ruinas. Hasta que se puede espacializar el tiempo: la narrativa dominante atribuye un nuevo significado continuo a los fragmentos materiales de tiempo, mientras el azar espacial adquiere profundidad histórica para la población. Es un proceso narrativo que inserta la ciudad en una cronología que garantiza su existencia hacia atrás y hacia adelante en un “territorio de tradición

temporalmente unificado”. Pero la tradición es un dispositivo de tiempo y, a menudo, un invento histórico (HOBSBAWM Y RANGER, 1989). Así que el continuo espacio-tiempo tradicionalizado es más parecido a los monumentos de los que se habló más arriba que a las magnitudes neutrales, universales y objetivas que se pretendieron: la narración dominante de la ciudad utiliza dos pautas: pedagogía y performatividad. La primera es aquella que se carga de significado a través de un sistema de repetición, mientras que la segunda funciona para la novedad, como el ejemplo de un continuo hacia el futuro. Ambos procesos convierten al presente en la figura retórica de un pasado mitologizado (BHABHA, 1996: 294).

La ciudad deviene así un acto de escritura continuo: se escribe a sí misma, tanto siguiendo el camino de los procesos históricos vistos bajo la perspectiva lineal y continua, como siguiendo la estrategia recursiva de su propia autogeneración. La identidad se sostiene sobre el sentido profundo dado a la significación de este movimiento de forma que funciona como la consciencia de la diferenciación del otro (BHABHA, 1996: 299). Un solo sentido de tiempo dominante y de continuidad contrasta con las diversas y múltiples voces de las que la ciudad estaría preñada y de sus respectivas posibilidades de narración.

3.2 Las viejas murallas

El acto dominante de escritura, de materialización de la voz dominante, puede tomar la forma de las murallas de la ciudad. Las murallas solidifican los límites de la ciudad. En la *polis* las murallas se construían alrededor de la *acrópolis*, cuya función era la de ser la sede central de las instituciones políticas, económicas y religiosas. La gente que vivía alrededor de las murallas, la *chora*, palabra que significa literalmente “tierra”, eran también considerados habitantes de la *polis*. Pero un modelo urbano más exitoso y que ha prevalecido históricamente reconoce que las murallas rodean toda la ciudad: los centros político, económico y religioso pero también las casas de sus habitantes. Ya en el siglo IV A.C. se encuentran barrios enteros delimitados por muros: en Uruk, Mesopotamia (actual Irak), más de 4.000 de personas vivían dentro de los seis kilómetros cuadrados de superficie amurallada.

Pero más allá de la función defensiva habitual atribuida a las murallas de la ciudad, el límite del cerco tiene carácter simbólico: hacia adentro, las murallas definen el territorio de influencia, la jurisdicción del consistorio; hacia afuera, los muros muestran su poder y sus límites. El espacio cerrado no se mezcla con el territorio abierto teóricamente, cruzado por múltiples relaciones y capas de significados: las murallas son, así, un mecanismo de homogeneización cultural.

3.2.1 “...y haciendo de las gentes Uno”.

Las murallas son la materialización y la concreción de los límites dibujados por la narración de lo que pertenece simbólicamente a la ciudad. También deberían ser consideradas monumentos que representan una forma de continuidad temporal; mientras su conservación o su desmantelamiento aportaría pistas sobre su consideración en términos de políticas de identidad y de tradición: narrativas temporales. Pero para el caso se utiliza

la metáfora de las murallas como la materialización de los límites y como el mecanismo de continuidad/discontinuidad sobre el espacio. Análogamente a los monumentos como hitos de una narración del tiempo, las murallas son hitos en la narración del espacio. La materialización y el levantamiento de límites en forma de muro es una buena forma de representar una acción de poder. “Ese exoesqueleto [la muralla] servía al propósito similar al de su contraparte [endoesqueleto, los huesos del cuerpo humano]: controlar el movimiento de la carne humana dentro y fuera de los muros de la ciudad” (DE LANDA, 2002: 27). Se dice a menudo que las murallas se construyeron por razones de seguridad. Pero esto es sólo parcialmente cierto: la amenaza de lo exterior sólo se detecta desde dentro. Y es plausible interpretar la ciudad más como un sistema de coerción que como un sistema de protección contra alguna amenaza proveniente desde el exterior.

Algunos autores (por ejemplo COHEN, 1999) han desarrollado una teoría de los monstruos: son creaciones discursivas proyectadas hacia los márgenes, desde el interior. Los muros de la ciudad son parte de la maquinaria de recreación de los monstruos. Las murallas señalan y materializan los límites de lo comprensible. Más allá de esos límites todo es posible y —tomando el periodo particular de la Edad Media como un período particularmente interesante desde el punto de vista del papel de los monstruos— el paraíso, las sirenas o los grifos esperaban fuera, amenazantes, preparados para salvar las murallas, y asaltar la seguridad, la rutina, y la vida tradicional ritualizada que guardaban en su interior.

80

Desde esta perspectiva, los muros no siempre son físicos. Basta con construir el miedo a la invasión, el miedo a la ocupación, la pérdida de la libertad en una forma narrativa y los monstruos aparecen (nuestros monstruos contemporáneos pueden ser extraterrestres; pero también son inmigrantes o terroristas). Esas categorías construidas desde adentro hacia afuera son buenos ejemplos de cómo el poder, desde el discurso, construye a menudo muros: los argumentos, hasta que las narraciones del miedo y el terror se materializan en forma de murallas, como una manifestación de miedo. El miedo a una pérdida (a menudo pérdida de poder debido a la novedad, al cambio, etc.) se traduce en una narración de amenaza de un enemigo que espera fuera. Esta narración podría solidificarse en la erección de un muro para la ciudad. Un análisis atento de estos miedos autorizaría una imagen detallada de cómo ese discurso general podría verse a sí mismo desde dentro. El proceso funciona como un espejo perfecto: la pérdida de identidades locales contemporáneas proyecta monstruos en forma de McDonald's o bajo la forma de especies invasoras en la ecología del paisaje. No se trata sólo de una cuestión histórica (como en el límite norte del Imperio Romano; o como la Gran Muralla China) sino también de algo más contemporáneo: el muro de Berlín (hasta 1989) protegiendo de la influencia comunista / del capitalismo occidental o el muro al sur de España protegiendo Europa de la inmigración africana; la barrera al sur de California protegiendo de la inmigración mejicana o incluso la “línea de la paz” en el centro de Belfast (Irlanda del Norte) *protegiendo* a los protestantes de los católicos y viceversa.

Los muros de la ciudad a veces funcionan como monumentos de la historia, su conservación no es un sinsentido. Los muros marcan líneas de pureza, de exclusividad, de pertenencia. Diametralmente opuesta a la producción de los monstruos en el exterior, la producción y representación de un núcleo de pureza puede mantener los viejos límites de la ciudad. Es fácil idealizar el pasado —con representación gráfica incluida— en el

que todo al interior de los muros de la ciudad era puro y auténtico. Preservar los viejos muros puede significar, así, conservar la memoria de la semilla original de la ciudad, su pureza original.

Tal mecanismo de establecer reglas y límites a la pertenencia tiene que ver con lo que Hannah Arendt escribió: “No nacimos igual, pero nos igualamos como miembros de un grupo gracias a la fuerza de nuestra decisión de garantizarnos a nosotros mismos derechos igualitarios mutuos” (citado por BHABHA, H. 1996:XXIII). La erección de las murallas es pues, también, un proceso de homogeneización: de la misma forma que se hizo con el tiempo y con el territorio y la tradición, ahora, el proceso tiene que ver con la gente y su derecho a pertenecer, a ser miembro. De hecho, la filósofa no pretendía hablar de la ciudad, escribió mejor sobre el proceso de construcción de “el pueblo” como concepto básico en la filosofía política y en la filosofía del derecho para sostener nociones como democracia, estado o nación. Así se volvería al origen de este artículo, dónde se especificó que el propósito de considerar la ciudad como referencia analítica era una sólo un juego metonímico para entablar una discusión posterior en otros ámbitos.

Tales esfuerzos de homogeneización son tercos y cambian sus formas a lo largo del tiempo y de las geografías, pero pueden trazarse y asimilarse más o menos a las intenciones que se han mostrado en estas líneas. Las narraciones dominantes intentan construir sus particularidades y diferencias, sus legitimidades, autenticidades y sus continuidades en el tiempo y el espacio a través de tradiciones e instituciones, hasta el mito de que existió efectivamente una raíz cultural original, para alguien, en algún lugar. Pero ello sólo podría ser cierto si no se entendiera que la historia es una narrativa que se explica en presente y que es un instrumento que autoriza el desplazamiento a lo largo del tiempo buscando legitimidad y continuidad. Mientras el cuento dominante intenta domesticar la diversidad interior de la ciudad, los muros de los límites tienen que tener puertas, la ciudad debe expandirse y crecer y progresivamente las nuevas narrativas deberán ser reescritas, los viejos monumentos resignificados, reconstruidos, desmantelados. Y la diversidad colonizará espacios, grietas, huecos y penetrará rompiendo el discurso pasado de moda desde dentro.

Como un latido, la ciudad gestiona diversidad y dispositivos de homogeneización e identidad. Como una metáfora, los dispositivos y los espacios: el mercado, las murallas, los objetos, los flujos, los canales, las instituciones se volvieron partes de la ciudad para ilustrar ese vaivén interminable e ineludible. Faltaron las puertas, los patios, las barriadas de excluidos, los mecanismos de cruce y de negociación, la sensación de desarraigo (*unhomeliness*) del recién llegado y las iteraciones violentas y banales de los juegos de permiso y autoridad: “Pero es precisamente en estas banalidades que lo desapegado aprieta, como la violencia de una sociedad racializada recae y se endurece en los detalles cotidianos: dónde te puedes sentar y dónde no; cómo puedes vivir y cómo no; qué puedes aprender y qué no; a quién puedes amar y a quién no. Entre el acto banal de la libertad y su negación histórica”. (BHABHA, 1996: 20)

Este es sólo un paso que intenta desnaturalizar la identidad y la cultura utilizando la ciudad de marco y los medios —como dispositivos— que intervienen en su reproducción. La *cityficación* de la política original que empezó con Aristóteles y Platón se

considera, hoy, una metonimia de la *nacionalización* del globo terrestre presente, esa que condujo a una discusión sobre cultura demasiado territorializada e históricamente definida. Una cultura que acaba al servicio de una parcelación del mundo en pueblos y naciones, en etnias y en estados nada neutral ni natural.

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, T. Y HORKHEIMER, M. (1947) *Dialéctica del Ilustración*. Madrid, Trotta, 1994.
- ANDERSON, B. (1991) *Imagined Communities*. London, Verso. [En castellano se puede consultar: Anderson, B. (2007) *Comunidades imaginadas*. México, Fondo de cultura económica.]
- BENJAMIN, W. (1972) "Tesis de filosofía de la historia" en *Discursos interrumpidos I*. Madrid, Taurus (1989).
- BHABHA, H. K. (1990) "Introduction: narrating the nation" en Bhabha, H.K. (ed.) *Narrating the nation*, London, Routledge.
- (1990) "DissemiNation: time, narrative and the margins of the modern nation" en Bhabha, H.K. (ed.) *Narrating the nation*, London, Routledge.
- (1992) "Postcolonial Authority and postmodern guilt" en Grossberg, L. y Nelson, P. (ed.) *Cultural Studies*, London, Routledge.
- (ed.) (1996) *The location of culture*, London, Routledge.
- BILLIG, M. (1995) *Banal Nationalism*, London, Sage.
- BRIGGS, A. & BURKE, P. (2002) *De Gutenberg a Internet*, Madrid, Taurus.
- COHEN, J.J. (1999) *Of Giants: Sex, Monsters, and the Middle Ages*, Minesotta, University of Minesotta Press.
- DE LANDA, M. (2000) *A thousand years of non linear history*, New York, Swerve.
- EDENSOR, T (2002) *National Identity, Popular Culture and Everyday Life*, Oxford, Berg.
- FOUCAULT, M. (1985) "Nietzsche, la Genealogía, la Historia" en *Microfísica del Poder*, RJ, Graal.
- (1966) *Las palabras y las cosas*, Madrid, Siglo XXI. (2006).
- HABERMAS, J. (1999) *Historia y crítica de la opinión pública*, Madrid, Gustavo Gili.
- HOBBSAWM, E. Y RANGER T. (1988) *L'invent de la tradició*, Vic, Eumo editorial.
- LOWENTHAL, D. (1985) *The past is a foreign country*, Cambridge, Cambridge University Press.
- LOZANO, J. (1997) *El discurso histórico*, Madrid, Alianza Editorial.
- PEÑA, J., RODRÍGUEZ, J.R. Y MONTIEL, J. (2008) "Country-branding als Identitätsmetapher" en Siems, F., Brandstätter, M. y Gölzner, H. *Anspruchsgruppenorientierte Kommunikation*, Wiesbaden, VS Verlag.
- RODRÍGUEZ-AMAT, J.R. Y CAMPALANS MONCADA, C. (2008) "Hacer país o vender país: del National building al Country-branding o viceversa", conferencia presentada en el *Colloque Tourisimes, Patrimoines, Identités, Territoires*, Perpignan.
- SABINE, G. H. (1987) *Historia de la teoría política*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- SAID, E. (1978) *Orientalism*, London, Routledge. [En castellano se puede consultar: Said, E. (2002) *Orientalismo*, Madrid, Debate].
- WEBER, M. (1964) *Economía y Sociedad; esbozo de Sociología comprensiva*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- WHITE, H. (1994) *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, Barcelona, Paidós.